

# **LOS LOBOS DE LA LUNA**

**FRANK QUASAR**

© Frank Quasar 2007  
Todos los derechos reservados

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación del texto sin autorización expresa del titular de la propiedad intelectual.  
La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito.

**PUEDES IMPRIMIRLO SI PREFIERES LEER SOBRE PAPEL**

Recomendamos seleccionar en la impresora la opción  
**IMPRIMIR 2 PÁGINAS POR HOJA**  
con el objeto de ahorrar papel y ver el texto en el mismo formato que la novela original.

# **CAPÍTULO 1**

## **LOS DOS POLICÍAS**

# 1

—Plata de ley —murmuró el teniente Delgado dando vueltas a la fina placa entre sus dedos alargados y sucios de nicotina.

Era casi mediodía. El sol brillaba sobre el vertedero delatando de manera inmisericorde toda la sordidez y putrefacción del asqueroso lugar. Dos coches patrulla y una furgoneta de la policía estaban aparcados en las proximidades del punto donde había yacido la bolsa de plástico amarillo y su macabro contenido, sustituidos ahora por asépticas marcas de tiza.

Una neblina densa, blancuzca, que apenas se despejaba del suelo, cubría como un manto viviente las montañas de basura en descomposición; sin embargo se disolvía al llegar a la carretera, donde varios oficiales del cuerpo científico examinaban cuidadosamente el asfalto en busca de indicios. Al otro lado de la alambrada, algunos agentes de uniforme rebuscaban entre los desperdicios con ayuda de perros. Todos se habían puesto mascarillas con filtros de carbón para poder resistir el nauseabundo hedor. Todos menos Delgado. Treinta años a dos paquetes sin filtro diarios habían dejado su larga nariz aguileña insensible a otra pestilencia que no fuera la del tabaco.

Se acomodó la peculiar boina con que se cubría la despejada coronilla y volvió a mirar el reloj: su compañero se retrasaba, como siempre. Miró alrededor con disgusto, preguntándose cuántos políticos corruptos disfrutaban de fastuosas mansiones en las colinas que dominaban Ciudad de la Bahía a cambio de que el problema con el vertedero hubiera alcanzado tales dimensiones que ya nadie la llamara por su bonito nombre sino por otro mucho más gráfico y adecuado: *Ciudad de la Basura*.

Al principio el depósito municipal de desperdicios distaba muchos kilómetros de la metrópoli, pero sucesivas e incontroladas ampliaciones hechas a golpe de pelotazo urbanístico extendieron el

cemento hasta sus mismos bordes. El vertedero, a su vez, había crecido tanto que las inmensas plantas de reciclado que había en su interior ya no daban abasto y la mayor parte de los desperdicios se amontonaban sin el menor control en colosales montañas que se pudrían a pocos metros de las casas de los barrios periféricos.

Finalmente, un alcalde aún más desalmado y sinvergüenza que los anteriores propuso una solución definitiva: construir un nuevo vertedero municipal más lejos y eliminar aquel.

El nuevo basurero se construyó y puso en funcionamiento a una velocidad insólita. Los millones en comisiones ilegales cobrados por muchos y las fotos del alcalde inaugurándolo justo a tiempo para ganarse su reelección justificaron sobradamente el esfuerzo.

Pero de deshacerse del viejo nadie se acordó.

A partir de ese momento, todo el mundo empezó a actuar como si el problema no existiera. La nueva autopista de circunvalación se construyó por encima, a suficiente altura para que no se pudiera ver nada desde los coches. Cuando los conductores protestaron por el terrible olor, la solución consistió en poner carteles recomendando circular con las ventanillas cerradas. Las reclamaciones de los vecinos que vivían más cerca y se quejaban de las ratas, se solventaron levantando alrededor de todo el recinto una alambrada doble que pronto tuvo más agujeros que un queso de gruyere. A las apocalípticas predicciones de inminentes desastres sanitarios y medioambientales de los ecologistas, se respondió de la manera habitual: descalificando a los autores de los estudios alarmistas y apresurándose a presentar otros igual de fantasiosos, pero mucho más optimistas, sin que nadie prestara mayor atención al hecho de que vinieran firmados por técnicos a sueldo de la corporación municipal.

Y la gente prefirió creer los informes optimistas, claro. Entre otras cosas porque no implicaban fuertes subidas de impuestos, o quizá simplemente porque estaban muy ocupados con sus propios asuntos.

Los únicos que no pudieron actuar como si no ocurriera nada fueron los habitantes de los barrios más cercanos, cuyo deterioro fue rápido y definitivo. Quienes no pudieron mudarse tuvieron que acostumbrarse a convivir con el pestilente olor de la basura en descomposición, las cada vez más osadas ratas y docenas de violentas bandas de delincuentes que impusieron su ley en las calles en sustitución de una policía que ya ni siquiera se atrevía a patrullar durante la noche.

*Y ahora esto*, murmuró para sí Richard Delgado, guardándose la joya en el bolsillo de la gabardina mientras con la otra mano prendía el enésimo pitillo de la mañana. Levantó la vista al oír el motor de un coche acercándose y sonrió cuando el viejo cacharro de su compañero asomó tras una curva. Un minuto después el teniente Falcon llegó al escenario del crimen, aparcó y se dirigió hacia él con su habitual energía.

Leonidas Falcon era un hombre joven y robusto de casi metro noventa, tan guapo que parecía un galán de cine... a pesar del arrugado traje barato que vestía. Llevaba el pelo muy corto e impecablemente peinado, lo que acentuaba la impresión de que se trataba de un muchacho tan sano y honesto como un pastel de manzana casero. Saludó a Delgado al tiempo que se metía un chicle mentolado en la boca.

—Joder, me he perdido veinte veces. El GPS va como una puñeta —explicó exhibiendo el celular a modo de excusa—. ¡Dios, que peste! —añadió. Y a continuación—: ¿Dónde está el *patatiesa*?

Delgado volvió a sonreír. *Patatiesa* era la expresión de moda entre los policías más jóvenes para referirse al cadáver y era típico de Leo preocuparse por varias cosas al mismo tiempo.

—Ya se lo han llevado para hacerle la autopsia —explicó—. Y olvídate de las funciones vía satélite dentro del vertedero. Es imposible hacer llamadas, todas estas alambradas están recubiertas con una capa de inóxido de silvenio.

—¿Inoxvén? Yo creía que habían retirado ese material después de la aprobación del Acta 37.

—Dejar de fabricar no equivale a retirar, Leo. De todos modos podías haber empleado el localizador dúo —le mostró la función en su propio móvil—, la onda corta sí funciona.

—¿Localizador qué? Sé manejar el GPS y gracias, colega. ¡La tecnología no es lo mío! —se quejó—. Bueno, ¿qué se sabe? ¿Era Alice Bonn?

—De momento lo único seguro es que se trata de una mujer joven de raza blanca. Éste es el único indicio de que pueda tratarse de la chica que desapareció el veintisiete de abril mientras hacía footing en el Parque Central —dijo Delgado mostrándole la pulsera de tobillo—. Habrá que esperar al informe del laboratorio para estar seguros.

—¿Demasiado descompuesta? —preguntó Leo.

—Demasiado descuartizada, y ni siquiera están todos los pedazos.

—¡Joder! ¿Qué falta?

—Acabo primero diciéndote lo que *no* falta: sólo tenemos la mitad inferior del tronco y una pierna... parcialmente devorados y bastante podridos. Ah, y también una extremidad superior, pero no es suya sino de un puma.

—¿Un puma? ¿Me tomas el pelo?

—Para nada. Eso es todo lo que había. Los perros están buscando más trozos —añadió señalando a los sabuesos que revolvián entre la basura.

—Va a ser jodido, con esta bruma y los olores que hay aquí.

Delgado sacudió el extremo de su pitillo con el dedo pulgar para desprender la ceniza acumulada.

—No es bruma. La basura en descomposición emite gases y la polución impide que se eleven y disipen. Por eso huele así.

—¡Qué mierda! —dijo Leo componiendo una cómica mueca de asco—. ¿Y es malo para la salud?

—Si no lo respiras, no —repuso Delgado encendiendo un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior.

Antes de que Leo tuviera tiempo de mandar a su compañero a hacer puñetas, un oficial del laboratorio criminológico que estaba agachado observando algo en lo alto de la cuesta, a unos cien metros de ellos, les llamó.

—¡Eh, muchachos, venid a ver esto!

Los dos detectives se apresuraron a subir la empinada rampa, Delgado jadeando a causa del desacostumbrado esfuerzo, Leo tan fresco como si fuera cuesta abajo. Al llegar arriba evitaron cuidadosamente pisar varias zonas delimitadas con tiras de adhesivo. Enseguida vieron lo que el oficial quería mostrarles: marcas de neumáticos en el asfalto y claros indicios de un violento accidente automovilístico. La verja estaba doblada en dos puntos, uno a cada lado de la carretera, señal de que el vehículo siniestrado había rebotado después del primer choque. El suelo estaba sembrado de cristales, sin embargo no había trozos de carrocería. O no habían llegado a desprenderse, o bien los habían recogido.

—Un accidente de tráfico en una carretera cerrada... —reflexionó Leo en voz alta—. ¿Crees que está relacionado?

El hombre que les había llamado era Sanders, jefe de la policía científica del Departamento de Homicidios y uno de los mejores médicos forenses de la ciudad y probablemente del país. Era un tipo peculiar y lleno de manías, sin embargo a Delgado y Leo les caía bien. Bajo y rechoncho, lo que más destacaba de él eran sus ojos, a

cuya penetrante mirada no escapaba ningún detalle. Se acomodó las estrechas gafas octogonales que le colgaban de la punta de la nariz antes de responder con voz calmada y convincente.

—Seguro. El análisis preliminar de la bolsa sugiere que bajó rodando la cuesta, seguramente despedida desde la parte trasera de la furgoneta cuando chocó contra la valla...

—Un momento, un momento. ¿Cómo sabes que era una furgoneta? —preguntó Leo.

—Por la altura del impacto. ¿Ves? Demasiado arriba para ser un coche. Era una furgoneta negra, nueva, probablemente una Sébax 2012 con los cristales tintados. Te lo confirmaré en cuanto analice los restos de pintura y compare las marcas de neumáticos con las de la base de datos.

—Joder, Sanders, nunca dejas de sorprenderme. ¿Seguro que no puedes decirnos ya el nombre del hijoputa que la conducía? —dijo Leo—. Nos ahorraría bastante trabajo...

—Podría decirte bastantes cosas sobre él si no hubiera pasado tanto tiempo desde el accidente. Mira cuántas huellas —dijo señalando el terreno blando que había entre el asfalto y la alambrada. Leo no vio ninguna huella, pero se guardó de decirlo para no hacer el ridículo—. Se bajó y estuvo un buen rato fuera del vehículo, desgraciadamente las marcas están demasiado difuminadas por la lluvia para sacar un molde.

—Seguramente estuvo recogiendo bolsas amarillas —intervino Delgado, que por fin había recobrado el aliento.

—Sí —convino Sanders—. Y con semejante carga esparcida por la carretera, nervioso después del accidente, no se percató de que dejaba una.

—¿Cuánto tiempo calculas que ha estado esa bolsa ahí tirada?

—Unos tres meses, a juzgar por lo que ha tardado el plástico en deteriorarse y permitir a los roedores extraer su contenido. Te lo diré con mayor precisión cuando realice la autopsia de los restos.

Leo apretó las mandíbulas con gesto de pesar.

—Encaja con la fecha de la desaparición de Alice. Mala noticia para los padres.

—No adelantemos acontecimientos —dijo Delgado con frialdad—. ¿Os dais cuenta de la suerte que hemos tenido? —añadió reflexivamente—. De no ser por los dos capullos que detuvimos intentando vender esta joya robada del cadáver a un prestamista bajo vigilancia por otro asunto, nunca la habríamos encontrado.

—Así es —confirmó Sanders—. El accidente y la presencia de esos chavales en el vertedero la misma noche en que se rompía la bolsa han sido providenciales, de otro modo las alimañas habrían eliminado los restos en pocas horas.

—Providenciales para nosotros y fatales para el cabrón que conducía esa furgoneta —afirmó el detective más joven con un brillo acerado en sus ojos grises.